

RESEÑA DE LIBROS
I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

EMERITA. Revista de Lingüística y Filología Clásica (EM)
LXXV 1, enero-junio de 2007
pp. 339-346
ISSN 0013-6662

GARCÍA RUIZ, PILAR, *Claudio Mamertino, Panegírico (Gratiarum actio) al emperador Juliano*, Eunsa, Pamplona, 2006, 163 pp.

Esta nueva publicación de la *Series minor*, dentro de la colección Mundo Antiguo de la Universidad de Navarra, es una edición crítica de esta obra, que recoge y pone al día lo que se ha escrito hasta ahora al respecto.

El libro, tras una corta Presentación, consta de Introducción, texto con traducción y comentario. Entre medias y en el lugar habitual se da cuenta de las Abreviaturas y las siglas utilizadas para citar los diferentes manuscritos y ediciones. Cierran la obra un elenco bibliográfico y el Índice de nombres propios.

La Introducción expone el origen y desarrollo del género encomiástico, aún vivo en el mundo occidental, donde cada día se pronuncian discursos, tanto de bienvenida como fúnebres, a todos los niveles de la sociedad. Sigue un estudio del *corpus* de *Panegyrici latini*, que debe su pervivencia ante todo a su carácter escolar y didáctico.

El texto latino del que se ocupa esta publicación ha ocupado el tercer puesto – a pesar de que por orden cronológico le correspondería el undécimo –, desde que se formó la colección en el s. IV. Ésta comienza con el dedicado a Trajano por Plinio el Joven, en el año 100 d. C., y llega hasta el pronunciado en honor de Constantino, en 313.

Es sorprendente que este Panegírico – pronunciado en Constantinopla el primero de enero de 362 – haya sido incluido en el elenco, si se tiene en cuenta que todas las fuentes y las instancias cristianas de los siglos posteriores estaban interesados en silenciar la persona y los hechos del Apóstata.

Es verdad que en las tensiones decisivas que jalonan todo el s. IV, los dos años escasos del reinado de Juliano como Emperador (361-363) y el enfrentamiento entre Símaco y Ambrosio en torno a la restauración del altar de la Victoria, constituyen sin duda los dos puntos álgidos.

Pero ese hecho no es suficiente para explicar la supervivencia de este escrito. Más bien debe de obedecer a las cualidades del autor, y así lo pone de relieve la autora de un modo convincente. En efecto, este discurso – junto con el de Plinio, que es el modelo del género, el de Pacato a Teodosio (389) y el de Nazario a Constantino (321) – es uno de los cuatro estrellas de toda la colección. En ellos se une la extraordinaria personalidad del festejado a la fama del orador.

Flavio Claudio Mamertino era un hombre culto, prestigioso, que parece haberse interesado por la política ya en edad avanzada, a partir del momento en que Juliano fue proclamado emperador, en París en 360. Su fidelidad al joven señor le hace merecer un rápido ascenso, que le lleva a ser nombrado primero *comes sacrarum largitionum*, una especie de asesor financiero, y poco más tarde *praefectus praetorio* para

el Ilírico, Italia y África, culminando con su designación para cónsul en 362. Su estatura política, junto con la maestría retórica de que hace gala en el escrito, explican pues la pervivencia de su obra. Ambas cualidades le sirven de salvoconducto para pasar con éxito todas las depuraciones de la memoria histórica.

El punto central de la Introducción se ocupa como es natural del Juliano que refleja el Panegírico y pone de relieve cómo Mamertino no se fija en exterioridades, como su aspecto físico (a pesar de que ya hay algunos antecedentes en la colección, como en VI 3, 3 (307) y en VII 4, 4 (310) – sobre todo este último, donde se describen algunos rasgos del aspecto de Constantino –, hay que esperar aún un siglo hasta encontrar en Sidonio Apolinar y en Ennodio la técnica del retrato del héroe ensalzado) o sus campañas militares, sino en su comportamiento generoso frente a la envidia de Constancio II y sobre todo en sus virtudes: generosidad, templanza, y mucho más veladamente religiosidad.

La última parte de este apartado presenta de forma bien sistematizada la tradición manuscrita de los *Panegyrici*. No reproduce el *stemma*, que está bien claro, pero remite a la bibliografía que lo ha establecido, así como a las ediciones de más peso científico. Presenta con brevedad sus opciones en cuanto al aparato crítico y explica los principios que han estado presentes en su forma de traducir, que por cierto resulta elegante y fiel al original, huyendo de la tentación de cercenar el ritmo cargado del original en aras de una presunta facilidad para el lector de hoy.

A continuación viene el texto con el aparato crítico en el que minuciosa y exhaustivamente se recogen no sólo las variantes de los manuscritos sino las opciones preferidas por los editores anteriores.

Del comentario vale destacar su sobriedad y funcionalidad, prescindiendo del peligro de la erudición inútil. Incluye aclaraciones a muchas de las alusiones a acontecimientos históricos (re)veladas por el texto, reminiscencias de los clásicos y sobre todo una discusión exhaustiva de las conjeturas asumidas en la edición. Es de agradecer tanto el que haya resaltado la dependencia respecto al Panegírico primigenio, el de Plinio, como su pervivencia en la obra de sus sucesores, sobre todo en la de Pacato Drepanio.

Resaltaría dos cualidades sobresalientes en el trabajo de García Ruiz: de una parte, la recogida y objetiva valoración de bibliografía y apreciaciones hasta ahora dispersas; y de otra, el contundente desenmascaramiento del carácter de propaganda que encierra esta obra.

Por lo que respecta al primer aspecto, basta asomarse a la bibliografía para apreciar que la figura de Juliano ha fascinado a lo largo de los siglos. Ya en la Antigüedad, sus detractores – Gregorio Nazianceno, Sócrates el escolástico, Sozomenes, Teodoreto – han acumulado sobre él toda una serie de reproches, que se pueden resumir en el título de Apóstata, mientras sus partidarios han destacado en él cualidades intelectuales y morales de excepción (Amiano Marcelino, Zósimo, Libanio).

Por lo que se refiere al segundo, estamos sin duda ante un texto de intención política, de la que dan muestra una serie de técnicas, que la autora califica de funciona-

les, entre otras, los silencios. Por medio de ellas, Claudio Mamertino ayuda a su señor- la segunda parte del discurso (15- 32) es la acción de gracias por los favores de que ha sido objeto- a presentarse como un conciliador entre Occidente y Oriente y consigue velar las verdaderas intenciones del joven caudillo.

Es digno de resaltar el esfuerzo que está llevando a cabo el Departamento de Filología clásica de la Universidad de Navarra para desentrañar, a partir de textos significativos, la maraña de tensiones que caracterizaron el enfrentamiento definitivo de paganos y cristianismo en el decisivo siglo IV.

AGUSTÍN LÓPEZ-KINDLER

GALENO, *Sobre la composición de los medicamentos según los lugares, libro II* Introducción, traducción, notas e índices por G. Santana Henríquez, Universidad de las Palmas de Gran Canaria, 2005, 157pp.

El libro que presenta el Profesor Santana es la traducción al castellano de una parte de un tratado más amplio de Galeno sobre los remedios terapéuticos explicados según los diferentes lugares del cuerpo que los necesitan. El tratado completo consta de seis libros y el aquí traducido es el libro segundo dedicado a los medicamentos para los dolores de cabeza según la causa que éstos tengan o, más bien, según el lugar donde se originen esos dolores. La traducción se ha hecho sobre la muy antigua edición de C.G. Kühn, del siglo XIX, que hoy por hoy es la única para este tratado, así como para muchos otros de este autor griego. Se trata, pues, no de una edición, pero sí de un bilingüe, ya que se da el texto griego y junto a él la traducción castellana. Aun cuando en el subtítulo se dice que lleva notas – y realmente las lleva –, éstas son mínimas (27) y muy elementales, la mayoría glosando algunas palabras que no se han dado traducidas, sino tan sólo transcritas. El libro termina con dos índices, uno de nombres propios citados y otro de nombres de plantas, sólo en castellano. Creo que se debería haber hecho el esfuerzo de ofrecer el nombre de la taxonomía científica ya que es un tratado dedicado a los medicamentos compuestos.

En la Introducción se hacen algunas reflexiones sobre el hecho de la traducción y las dificultades que conlleva. El profesor Santana lo ve como una trasgresión, como una “acción transgresora que intenta luchar contra la fatalidad de su propio destino”. En unas pocas páginas de esta misma Introducción se resumen algunos aspectos generales de la medicina de Galeno y se anticipa lo que es el contenido de la obra traducida.

Traducir a un autor como Galeno no es tarea fácil. A este respecto hay un dato muy relevante y es que, siendo así que la medicina galénica sobrepasó la época de su autor hasta una fecha inimaginable, hasta más o menos el s. XVIII, y que desde muy pronto se le tradujo al latín y posteriormente al árabe, muchas de sus más importantes obras carecen todavía hoy de traducciones a lenguas modernas. Y ésta que presenta el Profesor Santana es parte de una de esas obras. Galeno dice en una de las

primeras páginas de este tratado “conocer el lugar de donde parte el dolor es difícilísimo y a veces hay particularidades muy difíciles de explicar, tan sólo es posible que le lleguen a ser conocidas a quienes las han observado multitud de veces sobre el cuerpo enfermo”. Diría que idéntica reflexión puede hacerse sobre sus tratados. No se puede llegar a él, desentrañarlo y expresarlo en otra lengua más que a base de leerlo y leerlo muchas veces en griego, darle muchas vueltas y luego repasar lo que ha quedado en castellano para ponerlo de una manera legible. Y aún eso no basta. Me refiero antes que nada a esa dificultad porque si siempre es de agradecer la traducción de un autor tan prolífico como poco estudiado desde un punto de vista filológico, lo es más cuando se trata de la primera traducción que se hace a una lengua moderna. Y es que éste es el verdadero valor del libro aquí traducido. Y yo diría que el único, porque creo que la traducción realizada por el Profesor Santana no llega a cumplir las expectativas que uno pudiera tener, no sólo por el poco respeto al texto griego, sino por la dureza –y a veces la ininteligibilidad- de algunas de sus frases en castellano. El adjetivo ἀρχαῖοι se ha traducido por *viejo* (pág.39) estando substantivado y referido a los médicos ¿Cómo ha podido el traductor no saber que Galeno siempre que usa ese adjetivo en esas condiciones se refiere a los médicos arcaicos o antiguos, a los anteriores o a los primeros que escribieron de medicina, y no a médicos viejos? ¿Se puede entender una frase como ésta que se lee en la pág.39 “sino que también esto necesita del que hace ejercicio físico, a través y por medio del ejercicio de la razón, de la mucha indagación y tiene que ver con la afección de los enfermos”. Debería haberse dado cuenta el traductor de que el participio γεγυμνασμένου no siempre se refiere al que hace ejercicio físico. Yo creo que el texto griego no dice eso. El verbo γυμνάζομαι tiene una acepción muy corriente y frecuente que es la de *ejercitarse, entrenarse* no necesariamente en gimnasia. En la página 95 se traduce χωρὶς τοῦ μίχθηναι por “además de mezclado con castoreo”, exactamente lo contrario de lo que quiere decir, ya que en realidad sería “sin mezclar con el castoreo”. En la página 125, última línea, se dice que un preparado “se modela como colirio y se coloca en cada uno de los orificios nasales y luego se ordena esnifarlo hasta el tiempo que alguien pudiera recorrer cinco estadios”: aparte de lo chocante de traducir el verbo ἀνασπᾶω por *esnifar* (según el DRAE “aspirar cocaína u otra droga por la nariz”) ¿no se podría haber dicho “el tiempo que se tarda en recorrer cinco estadios”? Creo que el traductor tenía que haber repasado más a fondo y con mayor puntilliosidad lo que hay que interpretar es una apresurada primera versión.

Hay alguna que otra pega que yo pondría a la edición: la poca claridad del texto griego por un lado, y luego que no se dan las páginas de la edición seguida, que se debían haber dado en los dos márgenes del texto castellano y del griego.

En fin, una primera traducción a una lengua moderna algo fallida, pero que, repito, si tiene algún valor – que no validez – es el de haber sido la primera vez que se hace.

DOLORES LARA NAVA
Instituto de Filología, CSIC

PORFIRIO DE TIRO, *Contra los cristianos*. Recopilación de fragmentos, traducción, introducción y notas a cargo de Enrique A. Ramos Jurado, Joaquín Ritoré Ponce, Antonia Carmona Vázquez, Inmaculada Rodríguez Moreno, Francisco Javier Ortolá Salas y José María Zamora Calvo. Cádiz, Universidad, 2006. 173 pp.

Esta obra colectiva, fruto de un proyecto de investigación llevado a cabo por especialistas en filosofía neoplatónica, se articula en una introducción, la recopilación de los testimonios conservados de *Contra los cristianos*, que se presentan con el texto griego o latino original y su traducción, y un índice final de nombres propios.

La introducción comienza con la biografía y la obra del filósofo neoplatónico, y en ella los autores presentan la relación de las veintidós obras de Porfirio que han llegado hasta nosotros, ofreciéndonos los rasgos más sobresalientes de cada una de ellas y las ediciones y traducciones de que han sido objeto. Luego sigue un apartado sobre la religión de Porfirio y la obra objeto de estudio, donde se resalta que la originalidad de Porfirio y la mella que su crítica hizo en el cristianismo, por la solidez y coherencia de sus ataques a los evangelios y libros canónicos, se deben a su gran formación como filósofo y filólogo.

El segundo bloque de la introducción está consagrado a *Contra los cristianos* y aborda cuestiones sobre su composición, pervivencia y reconstrucción, con una extensísima y profunda puesta al día bibliográfica. Se pasa revista a las ediciones de que fue objeto la obra hasta la de Harnack (1916), los criterios que rigieron esta edición que sigue siendo, pese a las críticas que han pesado sobre ella, la de referencia para los estudiosos, y se detienen en las dos cuestiones centrales en relación a esta obra que han ocupado a la crítica: la primera, orientada a la incorporación de nuevos fragmentos de Porfirio que, si bien no han sido muchos en número, sí son muy valiosos para el conocimiento de su obra; la segunda, centrada en la obra misma, su datación, su contenido y estructura. Los autores analizan estas cuestiones en detalle, incorporando las tesis que se han sostenido sobre ella y que mantienen puntos de vista muy enfrentados, lo que demuestra que no es una cuestión ni mucho menos zanjada, por lo que se justifica la pertinencia de la presente obra.

Consideran asimismo, con gran acierto en mi opinión, que para analizar y llegar a comprender las argumentaciones de Porfirio en *Contra los cristianos*, es necesario una división conceptual de las mismas, sin que ello afecte a los criterios de edición de los fragmentos. Y proponen una división conceptual del tratado porfiriano en tres campos semánticos: I Los textos sagrados como fuente de transmisión del cristianismo; II La cristología y el dogma cristiano; III la comunidad cristiana: prácticas y modo de vida. Reparten los argumentos utilizados por Porfirio entre estos tres bloques, e hilvanan los fragmentos – editados y traducidos después – con los argumentos utilizados por Porfirio contra el cristianismo. De este modo, en este tercer bloque de la introducción, reconstruyen las tesis de Porfirio contra el cristianismo a partir de los fragmentos y testimonios conservados, y nos ofrecen una visión coherente y organizada de los mismos con la que podemos seguir el hilo de los argumentos del filósofo. Considero que esta parte puede ser de gran interés no sólo para el especialista en Porfirio, sino para cualquier lector interesado en conocer de primera mano las críticas que desde el paganismo se hicieron al cristianismo, y sobre todo éstas, filosóficas y filológicamente bien fundadas y realizadas con gran sagacidad y agudeza intelectual.

A la hora de fijar un criterio de edición, partiendo de la base de que el texto fijado por Harnack, a pesar de sus méritos, necesita de una revisión, los autores (contrariamente a otras traducciones) se inclinan por el criterio alfabético de autor-fuente, el mismo que defendió Benoit (1978) - un criterio ecléctico y poco comprometedor, pero sin duda el único que puede justificarse científicamente ante el material que tienen por delante - y ofrecen asimismo una recapitulación sobre los fragmentos que pueden considerarse, a juicio de los editores, con cierta fiabilidad que proceden de *Contra los cristianos* porque muchos de ellos pertenecen, de manera general, al conjunto de la polémica anticristiana, cuya cabeza más destacable fue Porfirio.

Las aportaciones de este libro son varias. En primer lugar, es la primera traducción completa a una lengua moderna de todo el material disperso y complejo atribuido a la obra porfiriana, de la que existían traducciones parciales al italiano (de C. Mutti, 1977) y al inglés (de R.J. Hoffmann, 1994), ninguna de las cuales incluye el texto original. En segundo lugar, los autores nos ofrecen una traducción cuidada, que respeta el estilo y el tono de los textos griegos y latinos. En tercer lugar, hay que destacar el manejo de las fuentes críticas, ampliamente documentadas y relacionadas en la bibliografía que cierra la traducción.

En conclusión, la obra resulta de gran interés no sólo para el especialista en Porfirio o en el paganismo y su conexión con el cristianismo, sino también, y ello me parece digno de ser subrayado, para cualquier lector culto que quiera conocer un aspecto tan interesante sobre la religiosidad antigua.

REGLA FERNÁNDEZ GARRIDO
Universidad de Huelva

LELLO, EMMANUELE, *Callimachi Iambi XIV-XVII*. Romae, In aedibus Athenaei, 2005, 220 pp.

En las *Diegeseis* de Calímaco en *P. Mil. Vogl.* I 18 figuran, tras los 13 yambos “seguros” y la *Hécale*, cuatro poemas que se duda si son otros yambos o bien cuatro μέλη colocados aquí por Calímaco o un continuador suyo. Este es el gran problema, detenidamente debatido en la Introducción que precede a la edición, traducción y comentario de estos cuatro poemas en el presente libro.

El autor, a lo largo de una discusión muy erudita, propone una primera edición de juvenil del propio Calímaco, seguida luego de otros dos yambos de tema bastante próximo, más un añadido posterior de dos poemas “cortesanos”. En suma: a la edición de 13 poemas Calímaco (o un continuador suyo) añadió otros cuatro, en todo caso en fecha helenística.

Muy detenidamente, nuestro autor se ocupa de las citas antiguas, de las imitaciones (incluida la de Horacio), de los títulos de los poemas, de los papiros y el presunto libro de μέλη, los metros, etc. Horacio leía, en todo caso, un libro con los 17 poemas. Cree que ἄμβοι era, Calímaco, más bien un concepto temático que uno métrico. En su madurez, Calímaco habría querido acompañar el libro anterior con el nom-

bre de los dos soberanos que habían “acompañado” su vida: Arsínoe II y Ptolomeo II. Esta es su conclusión.

Sigue luego un estudio muy erudito de los Yambos 14 y siguientes. Antes, su extensa “Introduzione” va seguida de un *librorum cospectus* y los *sigla*.

Sigue la edición de los Yambos 14 y siguientes, con un amplio aparato crítico, *Notabilia*, traducciones y amplio comentario.

Sea cualquiera la opinión de cada cual sobre la tesis principal, la verdad es que el estudio crítico y erudito de los cuatro “yambos” constituye una importante aportación.

F. R. ADRADOS

EURÍPIDES, *Las Bacantes*. Introducción, traducción y notas de A. MARTÍNEZ DÍEZ. Madrid, Ediciones Clásicas, 2007. 63 pp.

La traducción que presentamos no es ninguna improvisación sino más bien, haciendo uso de una expresión del Pseudo-Longino, «el fruto maduro de una larga experiencia». En efecto, más de treinta años han pasado desde que el prof. Alfonso Martínez publicara su edición del *Erecteo* (1975) y desde entonces se han ido sucediendo traducciones de diversas piezas eurípideas de manera constante y escalonada: *Medea* (1997), *Ifigenia en Táuride* y *Electra* (1998), *Ión* y *Heraclidas* (2001), *Hipólito e Ifigenia en Áulide* (2006). No se trata, pues, en este caso, de un trabajo incipiente sino más bien de todo lo contrario. Una de las virtudes de su Introducción es la de hacer fácil lo que desde siempre ha sido difícil: interpretar – o dar pautas para una personal interpretación – una de las tragedias más controvertidas del trágico ateniense, a saber, si se trata de una obra de conversión (se trataría más de «creer» que no de «saber»), cómo se conjuga la posibilidad de pensar en una obra de encargo, o la profunda huella que dejarían en su sensibilidad los festejos báquicos de Macedonia cuando el poeta hubiera abandonado Atenas, quién sabe si un tanto decepcionado. Además, de manera muy sucinta (pp. 7-10), Martínez ofrece un recorrido muy bien trazado sobre la antigüedad y elementos básicos del dionisismo, de la presencia de este dios en el teatro y, muy especialmente, del tema de este dios en diferentes trágicos.

En cuanto a su traducción, ésta nos parece modélica. Combinando prosa y verso libre para los coros, el texto se lee de manera muy fluida y, a la vez, ofrece un gusto especial que le confiere un hechizo casi seductor. Tanto los diálogos como las intervenciones más largas muestran una lengua ágil y viva, en todo momento elevada y selecta. En las partes corales se combinan versos polimétricos (abundan heptasílabos y eneasílabos, también hay endecasílabos) para tiradas largas que básicamente

mantienen la cohesión mediante el encabalgamiento. Además, gracias a una hábil disposición de los adjetivos el sentido de la frase gana en elevación. Sirva de ejemplo el *makarismós* en forma de priamel del epodo del 3r. estásimo: «Dichoso aquel que de la tempestad / marina escapó y a puerto llegó. / Dichoso aquel que a las penalidades / se impuso. De modo distinto supera cada cual / a cada quien en felicidad y poder. / Esperanzas infinitas además asisten / a infinitos hombres. Unas acaban en dicha / para los mortales, otras fracasan. / A aquel que cada día tiene una dichosa / existencia lo tengo por bienaventurado.» Esta última frase, por ejemplo, fue vertida en prosa bastante llana por Julio Pallí: «Pero yo tengo por bienaventurado aquel que tiene día a día una existencia dichosa»; y de un modo bastante libre por Manuel Fernández- Galiano: «¡Dichoso aquel que sabe gozar / la fortuna del día!».

Algunas mejoras se podrán incorporar en una segunda edición. Sería un logro mantener, por ejemplo, el juego de palabras del v. 67 κάματόν τ'εὐκάματον (ahora traducido como “placentera fatiga”). En el reparto de personajes creemos necesario distinguir el mensajero del v. 660 ss. con respecto el segundo, el del v. 1024 ss. (que a Wecklein se le antojaba un βουκόλος): a pesar de la nota a pie de página (n. 24 en p. 51) convendría señalarlo al principio de la pieza. Y también sería bueno señalar —ya sea en la Introducción, ya en una nota en el lugar— el giro radical que da la obra a partir del v. 810.

En fin, *data occasione* séanos permitida una conjetura al texto griego: puesto que desde el v. 822 al 837 (el v. 836 expresa una duda) se sucede una esticomitia de pregunta/respuesta, el v. 824 podría acabar con un signo de interrogación. A partir de la cesura pentemímera, pues, el texto quedaría así: ἦ τις εἶ πάλαι σοφός; (también se podría intentar, variando un poco la propuesta de Wecklein comunmente aceptada, escribiendo ὅστις εἶ πάλαι σοφός;).

RAMÓN TORNÉ TEIXIDÓ